



Segundo Domingo de Pascua - C

Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Hechos 5,12-16: *Crecía el número de los creyentes*

Salmo 117: *Den gracias al Señor porque es eterna su misericordia*

Apocalipsis 1,9-13.17-19: *Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos*

Juan 20,19-31: *A los ocho días, llegó Jesús*

«La paz esté con ustedes»

Al anochecer del día de la resurrección, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

«La paz esté con ustedes».

Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Jesús les dijo de nuevo:

«La paz esté con ustedes».

Y añadió:

«Como el Padre me ha enviado, yo también los envío a ustedes».

Sopló sobre ellos y les dijo:

«Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá».



Tomás, uno del grupo de los Doce, a quien llamaban el Gemelo, no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús. Y los otros discípulos le decían:

«Hemos visto al Señor».

Tomás les contestó:

«Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y no meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré».

Ocho días después, se encontraban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús. Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

«La paz esté con ustedes».

Después dijo a Tomás:

«Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente».

Tomás respondió:

«¡Señor mío y Dios mío!»

Jesús le dijo:

«¿Has creído porque me has visto? Dichosos los que han creído sin haber visto».

Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que ha sido narrados en este libro. Estos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengan en él vida eterna.

Palabra del Señor

Del miedo a la alegría

El encuentro con Jesús les llena de alegría

Tras la muerte de Jesús, la comunidad se siente con miedo, insegura e indefensa ante las represalias que pueda tomar contra ella la institución judía. Se encuentra en una situación de temor paralela a la del antiguo Israel en Egipto cuando los israelitas eran perseguidos por las tropas del faraón (Éx 14,10); y, como lo estuvo aquel pueblo, los discípulos están también en la noche (ya anochecido) en que el Señor va a sacarlos de la opresión (Éx 12,42; Dt 16,1). El mensaje de María Magdalena, sin embargo, no los ha

liberado del temor. No basta tener noticia del sepulcro vacío; sólo la presencia de Jesús puede darles seguridad en medio de un mundo hostil.

Pero todo cambia desde el momento en que Jesús –que es el centro de la comunidad– aparece en medio, como punto de referencia, fuente de vida y factor de unidad.

Su saludo les devuelve la paz que habían perdido. Sus manos y su costado, pruebas de su pasión y muerte, son ahora los signos de su amor y de su victoria: el que está vivo delante de ellos es el mismo que murió en la cruz. Si tenían miedo a la muerte que podrían infligirles "los judíos", ahora ven que nadie puede quitarles la vida que él comunica.

El efecto del encuentro con Jesús es la alegría, como él mismo había anunciado (16,20: vuestra tristeza se convertirá en alegría). Ya ha comenzado la fiesta de la Pascua, la nueva creación, el nuevo ser humano capaz de dar la vida para dar vida.

Con su presencia Jesús les comunica su Espíritu que les da la fuerza para enfrentarse con el mundo y liberar a hombres y mujeres del pecado, de la injusticia, del desamor y de la muerte. Para esto los envía al mundo, a un mundo que los odia como lo odió a él (15,18). La misión de la comunidad no será otra sino la de perdonar los pecados para dar vida, o lo que es igual, poner fin a todo lo que oprime, reprime o suprime la vida, que es el efecto que produce el pecado en la sociedad.

Pero no todos creen. Hay uno, Tomás, el mismo que se mostró pronto a acompañar a Jesús en la muerte (Jn 11,16), que ahora se resiste a creer el testimonio de los discípulos y no le basta con ver a la comunidad transformada por el Espíritu. No admite que el que ellos han visto sea el mismo que él había conocido; no cree en la permanencia de la vida. Exige una prueba individual y extraordinaria. Las frases redundantes de Tomás, con su repetición de palabras (sus manos, meter mi dedo, meter mi mano), subrayan estilísticamente su testarudez. No busca a Jesús fuente de vida, sino una reliquia del pasado.

Necesitará para creer unas palabras de Jesús: «Trae aquí tu dedo, mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel». Tomás, que no llega a tocar a Jesús, pronuncia la más sublime confesión evangélica de fe llamando a Jesús "Señor mío y Dios mío". Con esta doble expresión alude al maestro a quien llamaban Señor, siempre dispuesto a lavar los pies a sus discípulos y al proyecto de Dios, realizado ahora en Jesús, de hacer llegar al ser humano a la cumbre de la divinidad realizado ahora en Jesús (Dios mío).

Pero su actitud incrédula le merece un reproche de parte de Jesús, que pronuncia una última bienaventuranza para todos los que ya no podrán ni verlo ni tocarlo y tendrán, por ello, que descubrirlo en la comunidad y notar en ella su presencia siempre viva. De ahora en adelante la realidad de Jesús vivo no se percibe con elucubraciones ni buscando experiencias individuales y aisladas, sino que se manifiesta en la vida y conducta de una comunidad que es expresión de amor, de vida y de alegría. Una comunidad, cuya utopía de vida refleja el libro de los Hechos (4,32-35): comunidad de pensamientos y sentimientos comunes, de puesta en común de los bienes y de reparto igualitario de los mismos como expresión de su fe en Jesús resucitado, una comunidad de amor como defiende la primera carta de Juan (1Jn 5,1-5).

¡Cristo está vivo!

¿Quién nos puede dar la paz?

Estamos en Jerusalén, en el templo bajo el pórtico de Salomón; interesante que los creyentes de la resurrección se acogieran a la sabiduría de Salomón. Aun los recién llegados a la fe frecuentaban los lugares judíos. La resurrección de Jesús se experimenta mejor en las pequeñas comunidades: “Allí todos los creyentes eran una sola comunidad o familia que tenía un solo corazón, una sola alma y todas las cosas les eran en común”; lo que en definitiva los llevó ser menos egoístas con los demás como experiencia de conversión realizada por la acción del Espíritu de Jesús resucitado. ¡Qué bueno poder decir lo mismo de las comunidades que hay al interno de nuestras parroquias!

Juan perseguido y nosotros perplejos

De la primera lectura de los Hechos a la segunda del apocalipsis hay un salto cronológico y eclesial muy importante que va del inicio de la comunidad cristiana a la persecución de la fe, narrada por el evangelista Juan. El detenimiento para reflexionar, orar y estudiar el Apocalipsis es recompensado de inmediato con la paz del Resucitado vencedor de la muerte ¿no les parece muy atractivo ver el mundo desde el punto de vista del resucitado, vencedor de la muerte? Si bien Juan estaba en la persecución, nosotros nos encontramos en la perplejidad y confusión en medio de lo que nos está ocurriendo. El apocalipsis cuando describe el itinerario y desenlace de la persecución de inmediato anuncia la victoria de Dios y de aquellos que le son fieles; de ahí que Jesucristo sea el centro de todas las visiones del Apocalipsis porque es el vencedor de todos los males.

Escribamos nuestro apocalipsis

“**E**scribe un libro sobre lo que veas, envíalo a las siete comunidades cristianas del Asia” (Segunda lectura). ¿Seríamos capaces de escribir nuestra experiencia de pascua del sábado santo, y durante esta primera semana, para contarles a otros lo ocurrido a nuestro egoísmo con la victoria de Jesucristo resucitado? Si sabemos dar razón de la resurrección de Jesús estaremos escribiendo nuestro propio apocalipsis, como proyecto de reconciliación con los demás. “El que cree en mí si ha muerto vivirá” (Jn 11,25). Lo que pudo sanarlos a todos y de todo fue la palabra de Jesús: “la paz esté con ustedes”, un saludo que venía del que había resucitado y no volvería a morir, porque ya era el viviente, el Espíritu cuyo signo fueron las heridas convertidas en cicatrices; al fin y al cabo, eso es la fe.

Tomás por la decepción que había sufrido habiendo sido tan crédulo; no aguantaba ya otra herida; la decepción sube en cuanto se haya enaltecido la ilusión; y el entusiasmo de Tomás por Jesús fue tan admirable como su desánimo que le impidió el primer encuentro

por no creer en relatos de terceros y encerrarse en tener información más personal y creíble del suceso de la resurrección

¡Señor mío y Dios mío!

En el evangelio el relato del encuentro incluye la invitación a tocar las llagas (20,27a), el mandato “no seas incrédulo sino creyente” (20,27b), la profesión de fe de Tomás, (20,28) y una bienaventuranza, (20,29). La confesión del final se comprende mejor en relación al prólogo (Jn 1,1). Con Tomás, a nombre de la comunidad, la fe ha llegado a su culmen: “Señor mío y Dios mío” ¡ya Tomás es creyente sin tocar las heridas! Para hacernos parte de esa misma comunidad Jesús añade: “Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto”. Es la promesa de seguir viendo a Jesús de manera sacramental, diferente a las apariciones. El conciliador, Jesús, adopta la necesidad de quien necesita ser reconciliado. “Como el Padre me ha enviado así también los envío yo, reciban el Espíritu Santo, a los que le perdonen los pecados les quedan perdonados; y a los que no se los perdonen les quedan retenidos (evangelio).

Hay una unión íntima entre el don del Espíritu y la misión de reconciliación; porque el espíritu del resucitado que hemos recibido en el bautismo y confirmado en la pascua es con el fin reconciliarnos con los hermanos como signo de estar reconciliados con la pascua.

Apóstoles de la misericordia y portadores de paz

Homilía del papa Francisco en San Pedro, 3 de abril de 2016

«**M**uchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos» (Jn 20,30). El Evangelio es el libro de la misericordia de Dios, para leer y releer, porque todo lo que Jesús ha dicho y hecho es expresión de la misericordia del Padre. Sin embargo, no todo fue escrito; el Evangelio de la misericordia continúa siendo *un libro abierto*, donde se siguen escribiendo los signos de los discípulos de Cristo, gestos concretos de amor, que son el mejor testimonio de la misericordia. Todos estamos llamados a ser escritores vivos del Evangelio, portadores de la Buena Noticia a todo hombre y mujer de hoy. Lo podemos hacer realizando las obras de misericordia corporales y espirituales, que son *el estilo de vida del cristiano*. Por medio de estos gestos sencillos y fuertes, a veces hasta invisibles, podemos visitar a los necesitados, llevándoles la ternura y el consuelo de Dios. Se sigue así aquello que cumplió Jesús en el día de Pascua, cuando derramó en los corazones de los discípulos temerosos la misericordia del Padre, exhaló sobre ellos el Espíritu Santo que perdona los pecados y da la alegría.

Sin embargo, en el relato que hemos escuchado surge un contraste evidente: está *el miedo* de los discípulos que cierran las puertas de la casa; por otro lado, *la misión* de parte de Jesús, que los envía al mundo a llevar el anuncio del perdón. Este contraste puede manifestarse también en nosotros, una lucha interior entre el corazón cerrado y la llamada del amor a abrir las puertas cerradas y a salir de nosotros mismos. Cristo, que por amor entró a través de las puertas cerradas del pecado,

de la muerte y del infierno, desea entrar también en cada uno para abrir de par en par las puertas cerradas del corazón. Él, que con la resurrección venció el miedo y el temor que nos aprisiona, quiere abrir nuestras puertas cerradas y enviarnos. El camino que el Maestro resucitado nos indica es de una sola vía, va en una única dirección: salir de nosotros mismos, salir para dar testimonio de la fuerza sanadora del amor que nos ha conquistado. Vemos ante nosotros una humanidad continuamente herida y temerosa, que tiene las cicatrices del dolor y de la incertidumbre. Ante el sufrido grito de misericordia y de paz, escuchamos hoy la invitación esperanzadora que Jesús dirige a cada uno de nosotros: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (v. 21).

Toda enfermedad puede encontrar en la misericordia de Dios una ayuda eficaz. De hecho, su misericordia no se queda lejos: desea salir al encuentro de todas las pobrezas y liberar de tantas formas de esclavitud que afligen a nuestro mundo. Quiere llegar a las heridas de cada uno, para curarlas. Ser *apóstoles de misericordia* significa tocar y acariciar sus llagas, presentes también hoy en el cuerpo y en el alma de muchos hermanos y hermanas suyos. Al curar estas heridas, confesamos a Jesús, lo hacemos presente y vivo; permitimos a otros que toquen su misericordia y que lo reconozcan como «Señor y Dios» (cf. v. 28), como hizo el apóstol Tomás. Esta es la misión que se nos confía. Muchas personas piden ser *escuchadas y comprendidas*. El Evangelio de la misericordia, para anunciarlo y escribirlo en la vida, busca personas con el corazón paciente y abierto, “buenos samaritanos” que conocen la compasión y el silencio ante el misterio del hermano y de la hermana; pide siervos generosos y alegres que aman gratuitamente sin pretender nada a cambio.

«Paz a vosotros» (v. 21): es el saludo que Cristo trae a sus discípulos; es la misma paz, que esperan los hombres de nuestro tiempo. No es una paz negociada, no es la suspensión de algo malo: es *su* paz, la paz que procede del corazón del Resucitado, la paz que venció el pecado, la muerte y el miedo. Es la paz que no divide, sino que une; es la paz que no nos deja solos, sino que nos hace sentir acogidos y amados; es la paz que permanece en el dolor y hace florecer la esperanza. Esta paz, como en el día de Pascua, nace y renace siempre desde el perdón de Dios, que disipa la inquietud del corazón. Ser *portadores de su paz*: esta es la misión confiada a la Iglesia en el día de Pascua. Hemos nacido en Cristo como instrumentos de reconciliación, para llevar a todos el perdón del Padre, para revelar su rostro de amor único en los signos de la misericordia.

En el Salmo responsorial se ha proclamado: «Su amor es para siempre» (117/118,2). Es verdad, la misericordia de Dios es eterna; no termina, no se agota, no se rinde ante la adversidad y no se cansa jamás. En este “*para siempre*” encontramos consuelo en los momentos de prueba y de debilidad, porque estamos seguros de que Dios no nos abandona. Él permanece con nosotros *para siempre*. Le agradecemos su amor tan inmenso, que no podemos comprender: es tan grande. Pidamos la gracia de no cansarnos nunca de acudir a la misericordia del Padre y de llevarla al mundo; pidamos ser nosotros mismos misericordiosos, para difundir en todas partes la fuerza del Evangelio, para escribir aquellas páginas del Evangelio que el apóstol Juan no ha escrito.

No seas incrédulo, sino creyente

P. José Antonio Pagola

La figura de Tomás como discípulo que se resiste a creer ha sido muy popular entre los cristianos. Sin embargo, el relato evangélico dice mucho más de este discípulo escéptico. Jesús resucitado se dirige a él con unas palabras que tienen mucho de llamada apremiante, pero también de invitación amorosa: «*No seas incrédulo, sino creyente*». Tomás, que lleva una semana resistiéndose a creer, responde a Jesús con la confesión de fe más solemne que podemos leer en los evangelios: «*Señor mío y Dios mío*».

¿Qué ha experimentado este discípulo en Jesús resucitado? ¿Qué es lo que ha transformado al hombre hasta entonces dubitativo y vacilante? ¿Qué recorrido interior lo ha llevado del escepticismo hasta la confianza? Lo sorprendente es que, según el relato, Tomás renuncia a verificar la verdad de la resurrección tocando las heridas de Jesús. Lo que le abre a la fe es Jesús mismo con su invitación.

A lo largo de estos años, hemos cambiado mucho por dentro. Nos hemos hecho más escépticos, pero también más frágiles. Nos hemos hecho más críticos, pero también más inseguros. Cada uno hemos de decidir cómo queremos vivir y cómo queremos morir. Cada uno hemos de responder a esa llamada que, tarde o temprano, de forma inesperada o como fruto de un proceso interior, nos puede llegar de Jesús: «*No seas incrédulo, sino creyente*».

Tal vez, necesitamos despertar más nuestro deseo de verdad. Desarrollar esa sensibilidad interior que todos tenemos para percibir, más allá de lo visible y lo tangible, la presencia del Misterio que sostiene nuestras vidas. Ya no es posible vivir como personas que lo saben todo. No es verdad. Todos, creyentes y no creyentes, ateos y agnósticos, caminamos por la vida envueltos en tinieblas. Como dice Pablo de Tarso, a Dios lo buscamos «*a tientas*».

¿Por qué no enfrentarnos al misterio de la vida y de la muerte confiando en el Amor como última Realidad de todo? Ésta es la invitación decisiva de Jesús. Más de un creyente siente hoy que su fe se ha ido convirtiendo en algo cada vez más irreal y menos fundamentado. No lo sé. Tal vez, ahora que no podemos ya apoyar nuestra fe en falsas seguridades, estamos aprendiendo a buscar a Dios con un corazón más humilde y sincero.

No hemos de olvidar que una persona que busca y desea sinceramente creer, para Dios es ya creyente. Muchas veces, no es posible hacer mucho más. Y Dios, que comprende nuestra impotencia y debilidad, tiene sus caminos para encontrarse con cada uno y ofrecerle su salvación.